

## Peonías y nomeolvides

Gueorgui Gospodínov

Se conocían desde hacía solo unas horas. Él tenía un poco más de treinta años y ella, un poco menos. Él tenía que entregarle un paquete para que lo llevara a un amigo suyo al otro lado del océano. Ella era solo una intermediaria. Era poca cosa y, sin embargo, de las tres horas que les quedaban antes de subir ella al avión, llevaban ya dos sin encontrar una buena razón para despedirse. Ahora, exactamente sesenta minutos antes del vuelo, estaban al fondo del bar de la sala de partidas, tomando su tercer café callados. Ya no les quedaban temas que pudieran mantener viva la conversación entre dos desconocidos. Y el silencio ya parecía descortés. Sobre la pequeña mesa que los separaba había un montón de vasitos plásticos usados que después de haber pasado por la larga y nerviosa intervención de sus manos habían adquirido las formas más inesperadas. Los mezcladores de café estaban ya hechos añicos desde hacía mucho tiempo, los sobres de azúcar parecían más bien unos cucuruchos o barquitos pequeñísimos.

A él se le ocurrió que aquella mesa podría ser considerada como un objeto confeccionado o, digamos, una obra de arte que llamaría "Apología del nerviosismo": vasitos de plástico, mezcladores, sobres de azúcar usados, una mesilla blanca. Luego la idea le pareció tonta y decidió callársela. "Todo lo que callamos se convierte en mezcladores rotos y vasitos machacados", dijo ella de repente. Entonces él pensó que nunca iba a encontrar a otra mujer así, que leyera su mente y con la que le gustaría quedarse en aquel bar hasta el final de sus días. El empleo de "hasta el final de sus días" aunque solo dentro de sus pensamientos le sobrecogió.

–Charlemos un poco –dijo ella a pesar de que llevaban ya dos horas sin callarse.

La hora que les quedaba era demasiado poco tiempo como para despilfarrarla en rodeos o fabricando barcos de papel. Y como él no empezaba, ella dijo simplemente:

–Debemos aceptar que a veces las personas simplemente no coinciden.

–Es una ironía que se enteren de eso justo cuando se han encontrado.

–A lo mejor hubo otra ocasión en la cual conocernos. Hemos vivido tanto tiempo en la misma ciudad. Seguro que nos hemos cruzado en algún semáforo.

–Me habrías llamado la atención.

–¿Estás enamorado de ella?

–¿Estás enamorada de él?

En aquel instante admitieron que aquello ya no era importante y que no podían echar la culpa a nadie.

Más tarde él no podría acordarse de quién fue el primero en inventarse aquel plan de salvación (así es como lo consideraba por aquel momento) de crear memorias colectivas, de imaginar su vida entera, antes y después de conocerse.

Un intento tímido de vengarse de la ocasión inclemente que los había reunido solo para poder separarlos. Disponían de cincuenta minutos.

–Te acuerdas –empezó él– de que de estudiantes vivíamos en la misma calle. Cada semana echaba secretamente en el buzón de tu casa un anillo hecho del estaño de los caramelos "Lacta".

–¡Vaya! ¡Has sido tú! Mi padre siempre era el primero en encontrarlos y sospechaba que algún vecino chiflado enviaba anillos de compromiso a mi madre. Resulta que eran para mí.

–Claro que sí.

–Y tú recuerdas –comenzó ella– cuando durante el último año de la licenciatura fuimos solos a aquel monasterio. Fue la primera vez en que viajábamos a solas. En el hotel no disponían de habitaciones libres y nos acomodaron en una de las celdas de los monjes. Hacía mucho frío y la cama era dura. Estaba un poco asustada. Después de cada vez que lo hacíamos, me santiguaba en secreto. Aquella noche hice la señal de la cruz cinco veces.

–Seis –le corrigió él. Yo también sentía miedo. Recuerdas que luego viniste a vivir conmigo. Tu madre dijo que renunciaría a ti a través del "Gaceta estatal", porque no quería tener nietos ilegítimos.

–Sí que lo recuerdo –dijo ella. Daba igual, pues no podía tener hijos.

Entonces se quedó callada. Él tomó su mano por primera vez desde que se conocían. De forma suave, consoladora.

–No pasa nada –dijo él. Recuerdas cuando me rompí la pierna. Tenía ya cuarenta y ocho años, trabajaba como un loco y aquel mes en casa me pareció todo un paraíso. Tú también saliste de vacaciones, aun amenazaste a tus jefes con que si no te lo permitían, te romperías el brazo. No salimos de la casa durante el mes entero.

–Y cuando al año siguiente encontraron aquel tumor que tenía... Habías leído por algún lado que la risoterapia podía curar el cáncer y durante dos semanas no dejaste de contarme chistes para que me riese. Sigo preguntándome de dónde los sacabas. Estabas tan alarmado y cariñoso. Creo que fue entonces cuando el pelo se te puso completamente canoso. Y todos los días me traías peonías y nomeolvides.

–Menos mal que te curaste. No sé qué iba a hacer sin ti.

En aquel momento pidieron que los pasajeros del vuelo a Nueva York se dirigieran a la puerta de embarque. Permanecieron callados durante no más de un minuto. Luego ella se levantó y dijo que debía irse. Él cogió su maleta y los dos se dirigieron hacia el control de pasaportes. Antes de pasar al otro lado, ella se volvió y le dio un beso muy largo. Como por última vez, pensó él, aunque la primera nunca existió.

Media hora más tarde él se volvió y se fue de allí. Se sintió tan envejecido, apenas andaba. Al pasar por la puerta de cristal reflectante en la salida, cerró los ojos a propósito, para no ver lo canoso que se había vuelto su pelo de repente y lo agachados que estaban ahora sus hombros ya viejos. Con cada paso quedaba más y más convencido de que no podía regresar a su casa donde le esperaba su mujer absurdamente joven. Y nunca le podría contar qué es lo que había pasado durante los cincuenta años en que no estaba.